ENRIQUE CEBALLOS

# EL ESPEJO DE LA NIÑEZ

1ª PARTE

## NIÑOS

LE-2737

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL
MADRID

# EL ESPEJO DE LA NIÑEZ

Don. de los Editores.

# EL ESPEJO DE LA NIÑEZ

GALERÍA

DE RETRATOS AL NATURAL

POR

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA

A-18-
T-6-

## I—NIÑOS

BARCELONA

HIJOS DE PALUZÍE, EDITORES

Diputación, 337

1913

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

Imprenta de Hijos de Paluzíe — Barcelona.

Á LA MEMORIA DE MI ADORADA HIJA

# ELOISITA

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL MADRID

*Una nueva obra dedicada á la infancia, unas páginas más que te consagro.*

*Si los niños, ángeles de la tierra, encuentran en ellas algo agradable, algo útil y digno de su candor y su inocencia, eres tú, ángel del cielo, luz hermosa de mi alma, quien me lo has inspirado.*

*Mios son los defectos del estilo; tuyo el pensamiento bello que, cual mariposa del espíritu, llegue á plegar sus alas matizadas sobre algunas hojas de este libro*

*¡Qué tu dulce nombre sea emblema de paz y de ventura para los tiernos lectores, como tu bendito recuerdo lo es de pureza y esperanza para el corazón de*

**ENRIQUE**

Madrid, Marzo de 1887

# INTRODUCCIÓN

El autor de este libro, que ha cultivado, en más de cien obras escritas con éxito favorable, todos los géneros de la literatura, no se lisonjea sin embargo de haber realizado tan completamente su propósito en ninguna de ellas como en las dirigidas á la sencilla inteligencia de las clases de tropa y á la viva penetración y sentimientos de los niños.

Sus libros de *Juan Soldado* son tan populares y conocidos en los cuarteles, como en las ciudades y en los campos; sus cantares se escuchan en las guarniciones y en los campamentos, lo mismo que en las aldeas, en las montañas y los valles, y sus cuentos de todas clases se repiten y comentan do quiera por labios infantiles, que saborean inconscientemente la savia moral de que se hallan impregnados.

Resultado tal, formando para el autor la más grata de las recompensas, le da derecho para emitir su opinión con fundamento y libertad.

Los niños, como los soldados, necesitan un lenguaje especial, peculiar á su manera de ser, á su carácter y tendencias; lenguaje tan apartado de la fraseología ampulosa con que se revisten ciertos tratados de educación, como de la monotonía y rutinaria vulgaridad empleada en otros escritos de igual índole.

Respecto al fondo de las obras de recreo dedicadas á la infancia, también se ofrece mucho que desear y no poco que censurar.

Las hay modernas é *ilustradas* en las que se narran con vivas imágenes y se exhiben con grotescos grabados, escenas de jueces apaleados y ahorcados; amores

de muñecas con polichinelas y alteraciones en el orden de la naturaleza y de los seres; familiarizando á los tiernos lectores con ideas repugnantes, contrarias á la justicia, á la cultura y al buen gusto y perturbando á veces su imaginación con cuentos de brujas, fantasmas y otras ridiculeces semejantes, opuestas al objeto que se persigue y á la época en que estamos.

La educación debe encaminarse, desde su principio, á inculcar y arraigar profundamente las ideas de buen sentido moral y filosófico, bajo las formas propias á la edad á que se dirigen, pero que deben ser siempre las convenientes á la sociedad en que vivimos y al ideal del bien y de la perfección á que se aspira.

No conviene tampoco el optimismo exagerado en que se basan muchos tratados de literatura infantil, presentando siempre en este mundo el vicio castigado y la virtud premiada, creando, para los que comienzan á vivir, una sociedad ficticia que han de ver trocarse en otra radicalmente opuesta con el transcurso de los años, originándoseles decepciones y trastornos morales de funestas consecuencias.

Los niños de hoy, mañana serán hombres, ciudadanos; fuerza es dar á su edad lo que su edad requiere; pero no descuidemos hacerlos fuertes para el porvenir; que tengan convicciones propias y propia voluntad; que rechacen el error y la mentira; que se hallen preparados para el combate de la vida y que su horror al vicio y su amor á la virtud procedan, más que del temor al castigo ó la esperanza del galardón, de la inspiración de su conciencia honrada.

Los cuentos, las narraciones pintorescas y las historias son perfectamente oportunos para los primeros años; pero más ha de serlo, seguramente, un libro de la índole del presente, donde los niños se familiarizan al momento con tipos que les son ya conocidos, que viven á su lado, que los acompañan al colegio y á los juegos, que son sus amigos, sus parientes, sus hermanos; en una palabra, ellos mismos.

# EL APLICADO

**—¡Jua-ni-to! ¡Jua-ni-to! ¿dón-de vas con e-se pa-so de ca-za-dor y e-se ai-re tan a-le-gre?**

**— A-diós, Pe-pe, no ha-bí-a re-pa-ra-do en ti.**

**— Ya me lo fi-gu-ra-ba, por-que e-res de-ma-sia-do po-lí-ti-co pa-ra pa-sar á mi la-do sin sa-lu-dar-me. Cui-da-do que pa-ra se-guir-te hay que te-ner bue-nas pier-nas; va-mos más des-pa-cio.**

—Es que te-mo lle-gar tar-de al co-le-gio.

—¡Ah! ¿vas al co-le-gio?

—Ya lo ves; lle-vo los li-bros y es la ho-ra de cá-te-dra; pe-ro tú tam-bién lle-vas los tu-yos ¿có-mo vie-nes por es-ta ca-lle? tu co-le-gio no es-tá por a-quí cer-ca.

—Co-mo que es-tá al ex-tre-mo o-pues-to; yo no voy á cla-se si-no á bus-car á Se-ra-fín... ya sa-bes... Se-ra-fín...

—Sí, le co-noz-co y por cier-to que es bien hol-ga-zán y des-o-be-dien-te; ¿y dón-de vais los dos? ¿tie-nes per-mi-so de tu pa-pá pa-ra mar-char-te á pa-seo?

—Si se lo hu-bie-se pe-di-do, no me lo hu-bie-ra da-do; por

e-so me lo to-mo yo por cuen-ta pro-pia.

—Mal he-cho, Pe-pe, mal he-cho; tú an-tes e-ras buen mu-cha-cho, pe-ro des-de que tie-nes tan-ta a-mis-tad con Se-ra-fín...

—¿Qué me su-ce-de?

—Que te vas ha-cien-do co-mo él, y e-so te va á dar mu-cho que sen-tir.

—Mi-ra Jua-ni-to, dé-ja-te de ton-te-rí-as; por u-na vez que se fal-te no va á pa-sar na-da; ma-ña-na se a-pren-den dos lec-cio-nes y cuen-to con-cluí-do.

—E-se no es buen sis-te-ma; si hoy no tie-nes á-ni-mo pa-ra es-tu-diar u-na ¿có-mo te a-tre-ve-rás ma-ña-na con las dos?

—Se-a lo que se-a; hoy nos

he-mos pro-pues-to di-ver-tir-nos; i-re-mos al cam-po á co-ger ni-dos de los ár-bo-les y lue-go á bus-car mo-ras en las zar-zas, por el ca-mi-no de las huer-tas.

Jua-ni-to se de-tu-vo un mo-men-to y mi-ró á su ca-ma-ra-da con ex-pre-sión dul-ce y tran-qui-la.

—¿Quie-res se-guir un buen con-se-jo?—le di-jo des-pués con a-cen-to a-fa-ble y a-mis-to-so.

—Ve-a-mos el con-se-jo, res-pe-ta-ble se-ñor—re-pli-có Pe-pe con en-to-na-ción bur-lo-na.

—Rí-e-te cuan-to quie-ras—con-ti-nuó con gra-ve-dad Jua-ni-to, pro-si-guien-do nue-va-men-te su mar-cha,—rí-e-te y búr-la-te de mí, pe-ro yo en tu

lu-gar de-sis-ti-rí-a de ha-cer no-vi-llos; le di-rí-a á Se-ra-fín que ha-bí-a cam-bia-do de o-pi-nión, que me mar-cha-ba á cla-se y que hi-cie-ra él o-tro tan-to; con es-to ga-na-rí-ais mu-cho y e-vi-ta-rí-ais un dis-gus-to á los pa-dres, si se des-cu-bre vues-tra ac-ción, y á los ma-es-tros.

—Los ma-es-tros... los ma-es-tros... an-da que se fas-ti-dien, —in-te-rrum-pió Pe-pe con ai-re de mal hu-mor—só-lo por ha-cer ra-biar un po-co al mí-o da-rí-a cual-quier co-sa.

— E-se es el e-rror en que es-tán to-dos los hol-ga-za-nes —re-pu-so Jua-ni-to con se-gu-ri-dad — ¡qué le fas-ti-dié al pro-fe-sor! di-cen con gran sa-tis-fac-ción y no ven que el fas-

ti-dia-do es el dis-cí-pu-lo, que si na-da a-pren-de se-rá un im-bé-cil, in-ú-til en la so-cie-dad y des-pre-cia-do de to-dos. Mas a-par-te de es-to ¿qué da-ño os ha-cen los pro-fe-so-res pa-ra que-rer-los tan mal?

—Lo que es al mí-o no le pue-do ver; no pa-sa por na-da; siem-pre es-tá con el ser-món en la bo-ca...

—Se-gu-ra-men-te no se-rá por gus-to de pre-di-car, si-no pa-ra ver si lo-gra tra-e-ros á buen ca-mi-no. ¡Qué in-gra-tos so-mos pa-ra los que nos dan la e-du-ca-ción con tan-to ce-lo y con tan-ta in-te-li-gen-cia! ¿A-ca-so se pa-gan con al-gu-nos ho-no-ra-rios los des-ve-los de e-sos hom-bres res-pe-ta-bles,

que con-sa-gran su vi-da y sus a-fa-nes en pro de la ni-ñez y de la ju-ven-tud? E-llos des-a-rro-llan nues-tros bue-nos sen-ti-mien-tos, nos es-ti-mu-lan á la prác-ti-ca de la vir-tud, nos en-se-ñan á ser hom-bres y á pro-fe-sar la her-mo-sa y san-ta re-li-gión de la ca-ri-dad y del tra-ba-jo! ¿Con qué co-rres-pon-de-re-mos á tan-tos be-ne-fi-cios, si-no con u-na gra-ti-tud e-ter-na, un ca-ri-ño-so res-pe-to y u-na ve-ne-ra-ción cons-tan-te?

Re-fle-xio-na un po-co, a-mi-go mí-o; con-sul-ta tus bue-nos. y le-a-les sen-ti-mien-tos y ve-rás la ra-zón de mis pa-la-bras. Voy á de-jar-te; he-mos lle-ga-do á mi co-le-gio; si-gue mi e-

jem-plo y ve-te al tu-yo, ten-drás la con-cien-cia sa-tis-fe-cha y me lo a-gra-de-ce-rás al-gu-na vez.

Al de-cir es-to, en-tre gra-ve y a-fec-tuo-so, es-tre-chó Jua-ni-to la ma-no de su ca-ma-ra-da y se di-ri-gió á la cla-se.

Pe-pe que-dó-se pa-ra-do á la puer-ta del co-le-gio, un tan-to pen-sa-ti-vo é im-pre-sio-na-do por lo que a-ca-ba-ba de o-ír.

E-ra de bue-nos ins-tin-tos, y ya se in-cli-na-ba á se-guir las in-di-ca-cio-nes jui-cio-sas de su buen a-mi-go, cuan-do a-pa-re-ció Se-ra-fín que ve-ní-a co-rrien-do des-de el ex-tre-mo de la ca-lle.

—¡Eh! ¡gra-cias á Dios!—

gri-tó des-de que pu-do ser o-í-do — ya te po-dí-a yo es-pe-rar en la pla-zue-la ; ¿ qué ha-ces a-hí co-mo u-na es-ta-tua de pie-dra ? ¿ es-tás sos-te-nien-do la puer-ta de e-sa ca-sa ?

Pe-pe re-fi-rió á Se-ra-fín el en-cuen-tro que ha-bí-a te-ni-do y lo que Jua-ni-to le ha-bí-a a-con-se-ja-do.

— Siem-pre te de-ja-rás en-

ga-ñar co-mo un ton-to por e-se hi-po-cri-tón—di-jo Se-ra-fín en cuan-to o-yó el re-la-to;—lo que e-se o-pi-na es que na-die se di-vier-ta por-que él no se a-tre-ve á ha-cer-lo, que de-se-os no le fal-tan. No le ha-gas ca-so y va-mos á bus-car los ni-dos; tam-bién i-re-mos á la huer-ta de un a-mi-go mí-o y co-me-re-mos bue-nas pe-ras y bue-nas u-vas; de-ja-re-mos los li-bros es-con-di-dos en-tre las zar-zas, ya sé yo don-de, y á la vuel-ta los re-co-ge-re-mos: va-mos á pa-sar un dí-a de-li-cio-so.

Ha-blan-do de es-te mo-do Se-ra-fín co-gió el bra-zo de Pe-pe, que se de-jó con-du-cir y fué cam-bian-do po-co á po-co el gi-ro de sus i-de-as, de-sis-tien-do

de su buen pro-pó-si-to y en-can-ta-do de la ri-sue-ña pers-pec-ti-va que le pre-sen-ta-ba su vi-cio-so com-pa-ñe-ro.

Jua-ni-to, ter-mi-na-da la cla-se, vol-vió á su do-mi-ci-lio, muy con-ten-to y sa-tis-fe-cho por ha-ber cum-pli-do con su o-bli-ga-ción.

Sus pa-dres le a-do-ra-ban y sus ma-es-tros es-ta-ban en-va-ne-ci-dos con un dis-cí-pu-lo tan a-ven-ta-ja-do.

A-que-lla no-che, al re-gre-sar á su ca-sa el pa-dre de Jua-ni-to, que e-ra muy a-mi-go de la fa-mi-lia de Pe-pe, re-fi-rió á su es-po-sa y á su hi-jo los de-ta-lles de un tris-te su-ce-so que a-ca-ba-ba de sa-ber.

Se-ra-fín y su ca-ma-ra-da ha-

bí-an pa-sa-do la tar-de muy di-ver-ti-dos, se-gún des-pués con-fe-sa-ron, co-gien-do ni-dos y co-mien-do fru-ta á más y me-jor; pe-ro al ter-mi-nar sus co-rre-rí-as de vuel-ta á la ciu-dad, se em-pe-ña-ron en tre-par has-ta lo úl-ti-mo de un ár-bol muy e-le-va-do, con tan ma-la suer-te pa-ra Pe-pe, que ca-yen-do de u-na al-tu-ra con-si-de-ra-ble, re-ci-bió en la ca-ra un fuer-te gol-pe con o-tras va-rias con-tu-sio-nes en los bra-zos y pier-nas, y gra-cias que fué au-xi-lia-do y con-du-ci-do á su ca-sa por u-nos la-bra-do-res, que a-cu-die-ron á las vo-ces que da-ba el gran tu-nan-te de Se-ra-fín.

Es-te, co-mo mu-chos pí-ca-ros

en el mun-do, es-ca-pó bien; mas el po-bre Pe-pe por po-co no lo cuen-ta sin la pér-di-da de un o-jo y de un bra-zo, y só-lo á fuer-za de cui-da-dos y pa-cien-cia lo-gró cu-rar-se des-pués de su-frir ho-rri-bles do-lo-res y te-ner la ca-ra ven-da-da y el bra-zo en ca-bes-tri-llo un par de me-ses.

Jua-ni-to, que que-rí-a de ve-ras á su a-mi-go, le vi-si-tó á me-nu-do y le a-sis-tió ca-ri-ño-sa-men-te, rei-te-rán-do-le sus bue-nos con-se-jos que por fin tu-vo el gus-to de ver a-cep-ta-dos y se-gui-dos fiel-men-te por el he-ri-do. Es-te, des-de a-que-lla o-ca-sión, tra-tó de i-mi-tar en to-do al buen a-mi-go, y se-pa-ró-se de Se-ra-fín, que si-

guien-do sus pro-e-zas bus-có nue-vos ca-ma-ra-das á quie-nes per-ver-tir.

Jua-ni-to, ti-po siem-pre del es-tu-dian-te a-pli-ca-do, ter-minó de un mo-do bri-llan-te su ca-rre-ra, sien-do el en-can-to de su fa-mi-lia y de cuan-tos le tra-ta-ban, y a-yu-dan-do á sus bue-nos pa-dres en la ve-jez con el fru-to de su a-pli-ca-ción.

Hay que des-en-ga-ñar-se, a-mi-gui-tos.

El mu-cha-cho que no es-tudia, no se ca-lien-ta la ca-be-za, pe-ro se-rá un i-dio-ta, que sólo ser-vi-rá pa-ra ha-cer re-ír á los de-más con su ig-no-ran-cia. El *a-pli-ca-do*, en cam-bio, traba-ja en pro-ve-cho pro-pio; y si

es cier-to que hay for-tu-nas ad-qui-ri-das de mal mo-do, tam-bién lo es que nin-gu-na pro-por-cio-na la di-cha co-mo las que se ob-tie-nen por me-dio de la a-pli-ca-ción y del tra-ba-jo.

# EL APRENDIZ

¿Qué *va* á *ser* e-se mu-cha-cho? Hay que de-di-car-le á un *o-fi-cio*. ¿Cual o-fi-cio?

Pro-ba-ble-men-te el *mis-mo* de su pa-dre y de su a-bue-lo.

A me-nos que *la ca-sua-li-dad*, ó *u-na vo-ca-ción gran-de y de-ci-di-da* va-rí-en el or-den de las co-sas.

De no ser a-sí, ma-cha-ca sue-la, ce-pi-lla la ma-de-ra, co-se, pin-ta, ó tre-pa á los an-

da-mios, co-mo lo hi-cie-ron sus an-te-ce-so-res.

Su e-xis-ten-cia pue-de cal-cu-lar-se de an-te-ma-no con e-xac-ti-tud y re-gu-la-ri-dad.

Si es *tra-ba-ja-dor y hon-ra-do* ga-na-rá el pan de ca-da dí-a con el su-dor de su fren-te, lle-no de pri-va-cio-nes y mu-chas ve-ces con ex-po-si-ción.

Si, por el con-tra-rio, *po-se-e ma-los ins-tin-tos*, su vi-da se-rá más ac-ci-den-ta-da; pe-ro con los tris-tes ac-ci-den-tes de la mi-se-ria y el vi-cio, las en-fer-me-da-des, la de-gra-da-ción, el hos-pi-tal y la cár-cel.

Al-gu-nos mu-cha-chos, co-mo he-mos in-di-ca-do, bien por ca-pri-cho de la suer-te, ó por na-tu-ral dis-po-si-ción se

a-par-tan de la ru-ti-na y de la re-gla ge-ne-ral, si-guien-do un *a-pren-di-za-je* con a-rre-glo á fa-vo-ra-bles cir-cuns-tan-cias ó á po-de-ro-sa in-cli-na-ción.

Hay quien la tie-ne *bé-li-ca y gue-rre-ra*, y no pu-dien-do por su e-dad em-pu-ñar el fu-sil, sien-ta pla-za de *cor-ne-ta* en u-na ban-da de re-gi-mien-to.

Ya ha-bréis vis-to mu-chas ve-ces, al des-fi-lar los ba-ta-llo-nes, e-sos pe-que-ños sol-da-dos, mar-chan-do al fren-te de las com-pa-ñí-as, con ai-re mar-cial y lle-nos de en-tu-sias-mo.

¿Cuál se-rá su *por-ve-nir*?

Los des-gra-cia-dos, ó sin con-di-cio-nes pa-ra la pro-fe-sión mi-li-tar, cum-pli-rán el tiem-po de su com-pro-mi-so en

la ban-da, lue-go se-rán sol-da-dos, ran-che-ros ó a-sis-ten-tes. Los que ten-gan ap-ti-tud y suer-te as-cen-de-rán á ca-bos y sar-gen-tos, des-pués á o-fi-cia-les de fi-la... tal vez á ge-ne-ra-les.

Es-tos mu-cha-chos gue-rre-ros, si son hi-jos de la cos-ta, in-gre-san en la *ma-ri-na de gue-rra* si-guien-do a-ná-lo-gas vi-ci-si-tu-des, ó se de-di-can á la *ma-ri-na mer-can-te*.

Hay ni-ños que, des-de muy pe-que-ños, tie-nen *a-fi-ción ab-so-lu-ta* por u-na pro-fe-sión ú o-fi-cio de-ter-mi-na-do.

U-nos sue-ñan con el *com-po-ne-dor* y el *ga-le-rín;* se-rán ca-jis-tas, re-gen-tes, qui-zá due-ños al-gún dí-a de un es-

ta-ble-ci-mien-to ti-po-grá-fi-co.

O-tros tie-nen ins-tin-tos de *ar-te-sa-nos* ó *me-cá-ni-cos*, a-pren-den á re-lo-je-ros, gra-ba-do-res, cin-ce-la-do-res, y ar-me-ros, ó in-gre-san en al-gu-na fá-bri-ca ó ta-ller.

Mu-chí-si-mos tie-nen a-fi-ción al di-bu-jo y á de-du-cir por los *ma-ma-rra-chos* con que em-puer-can los li-bros y pa-re-des, el nú-me-ro de *di-bu-jan-tes* y *pin-to-res* de-be-rí-a ser ex-tra-or-di-na-rio.

Bas-tan-tes ni-ños si-guen ta-les pro-fe-sio-nes, mas los obs-tá-cu-los ca-si in-su-pe-ra-bles pa-ra los que ca-re-cen de ver-da-de-ra vo-ca-ción al ar-te, des-co-ra-zo-nan á mu-chos y só-lo es-ti-mu-lan á a-que-llos

que sien-ten gran-des a-lien-tos de ar-tis-ta.

No fal-ta quien sien-te u-na

in-cli-na-ción de-ci-di-da por la *es-ce-na;* gas-ta sus pe-que-ños a-ho-rros en a-sis-tir á las fun-

cio-nes dra-má-ti-cas, bus-ca re-la-cio-nes en-tre bas-ti-do-res y bu-lle sin ce-sar has-ta que con-si-gue for-mar par-te de u-na com-pa-ñí-a co-mo *a-vi-sa-dor* ó *co-pis-ta*.

Des-pués pa-sa á *tras-pun-te* y á *com-par-sa*, has-ta que por fin lle-ga el gran su-ce-so, in-ter-pre-tan-do, co-mo ac-tor me-ri-to-rio, un pe-que-ño pa-pel de al-gu-na o-bra.

Des-de en-ton-ces el por-ve-nir es su-yo.

¡Cuán-tas i-lu-sio-nes, cuán-tas es-pe-ran-zas hay en la men-te del pe-que-ño ar-tis-ta!

Des-gra-cia-da-men-te en el tea-tro, co-mo en to-das las pro-fe-sio-nes, y más que en o-tras, se su-fren de-cep-cio-nes a-mar-

gas, no só-lo por ca-re-cer de la ap-ti-tud que i-ma-gi-na-ra el a-mor pro-pio, si-no por las in-tri-gas de la en-vi-dia, de la am-bi-ción y de la au-da-cia, que im-pe-ran muy fre-cuen-te-men-te so-bre el mo-des-to y ver-da-de-ro mé-ri-to.

Por e-so el ni-ño que se ha-lle en con-di-cio-nes pa-ra cre-ar-se u-na po-si-ción, por su in-ge-nio y su cons-tan-cia, de-be en pri-mer tér-mi-no ren-dir cul-to á la hon-ra-dez y al tra-ba-jo; pe-ro sin de-jar por e-llo de for-mar sus con-vic-cio-nes pro-pias, ba-sán-do-las en la ver-dad, de-fen-dién-do-las con e-ner-gí-a y pre-pa-rán-do-se á la lu-cha de la vi-da con rec-ti-tud en la con-cien-cia y a-lien-to en el co-ra-zón.

# EL PENDENCIERO

**— ¡ Eh ! ¡ eh ! ¡ dále á ese ! ¡ *Pincha-grillos* !..... ¡ pégale un palo !**

**¿Quién es este niño que corre de esa manera , en pos de otro de su edad , empuñando una gran piedra y gritando tan descompasadamente ?**

**¿ Quién ha de ser ?... ¡ Camilo !... Camilo el matón , el pendenciero.**

**En todo el barrio le conocen,**

y las personas pacíficas procuran evitar su encuentro como procurarían evitar el de un animal dañino.

¡Y bien dañino que es el tal muchacho!

Ahora le habéis visto persiguiendo á un perro, con otro camarada por su estilo.

Pues lo mismo persigue á los gatos, á los pájaros y á todo bicho que se le ponga delante.

Malas mañas son, muy malas; pero no creáis que se contenta con eso.

Necesita además hacer daño á las personas y á las cosas.

No hay nada que se le resista, es un fanfarrón de gran calibre.

Siempre está dispuesto á provocar á todos, con sus miradas, con sus ademanes y con sus palabras.

Por supuesto que no por eso creáis que es un valiente.

No señor; más tiene de gallina que de otra cosa.

Todo se le vuelve boca, vamos al decir.

El verdadero valiente no necesita pregonar que lo es; lo demuestra con sus hechos.

El fanfarrón, por el contrario, haciendo exagerados alardes de su arrojo, se amilana con cualquier peligro verdadero y sólo se siente fuerte con los débiles.

Tan digno de aplauso como es el verdadero valiente, que dedica su esforzado aliento en pro de la humanidad, así son dignos de severa censura el fanfarrón osado y el matón que si algún valor tienen, lo emplean en hacer daño por el solo placer de hacerlo.

El tal Camilito es una plaga.

En la casa donde él entra, no hay mueble entero á la segunda visita, ni perro, pájaro ó gato que no esté estropeado.

Con sus compañeros siempre *anda á trompazos*, como él dice.

*Se junta* á otros de su especie y arman unas pedreas que son batallas campales.

¡Uno sale con la pierna rota, el otro con la cabeza abierta, el de más allá con un ojo como un huevo!

¡Ay qué criaturitas tan endiabladas!

Camilo es el organizador de todos los combates.

Cuando se empieza la pelea, procura retirarse á segunda línea, pero sin embargo no ha

podido evitar muchos golpes, y tiene la cara que da lástima, de cicatrices.

¡Si se agarrase á los libros como al palo y á las piedras!

De seguro había de ser el primero en todos los concursos.

Más de una vez ha ido á la prevención, conducido por la policía, á causa de promover escándalos, y de romper árboles, faroles y todo cuanto puede.

Su familia sufre serios disgustos con el niñito, al que de nada sirven las reprensiones ni castigos.

Por fin, su padre, viendo una naturaleza tan indómita, resuelve hacerlo entrar en la banda

de un regimiento; y si no se enmienda, que le alisten como soldado en cuanto tenga la edad reglamentaria.

No hay cuidado que ya se dejará domar.

Y si no se deja, peor para él, porque en la milicia no se juega y el que se descuida, fresco está.

Aquí tenéis, pues, un muchacho de una posición regular, con medios para poder conquistarse un buen puesto y ser apreciado en la sociedad y que sin embargo, lo pierde todo por su perversa condición y sus diabólicos instintos.

El hombre no ha de ser *pusilánime*.

Por el contrario, debe tener el *valor suficiente* para afrontar los peligros con serenidad y para luchar en el combate de la vida, sin dejarse vencer por las contrariedades y decepciones que le esperan.

Mas del *valiente* al *fanfarrón* y al *temerario* va mucha diferencia.

El *valor* asegura la victoria en muchos trances amargos.

Es una virtud estimada en todas partes.

Pero la *fanfarronería* y la *temeridad* son malas cualidades.

Con la *primera*, en cuanto llega á ser conocida, se hace un papel ridículo y grotesco.

Con la *segunda* se esterilizan

los buenos efectos del verdadero valor.

Y con *ambas* no se obtienen sino vituperios, enemistades, riesgos y desgracias.

# EL PUNDONOROSO

Antonio posee una cualidad que vale por sí sola más que mil tesoros: el *pundonor*.

El pundonor le impulsa á atender las explicaciones de sus maestros y á estudiar y repasar con ahinco en casa, para quedar airoso ante sus compañeros el día en que le fuere preguntada la lección.

Por esto Antonio es el orgullo de sus padres y el ejemplo

de sus amiguitos, que tiene muchos y muy buenos.

Porque aun cuando en algunas ocasiones el recto proceder del niño los contraría en sus caprichos ó los disgusta por la se-

veridad que creen ver en sus principios, no tardan sin embargo, en darle razón, cantando la palinodia al observar el excelente resultado que aquel proceder y aquella severidad aparente producen siempre en sociedad.

Antonio tiene por norma que el verdadero honor consiste en obrar bien, con arreglo á lo que ordenan con voz imperiosa las conciencias rectas, y á esta máxima justa subordina todos los actos de su vida.

La satisfacción que esto le ocasiona, recompensa al momento su conducta y esta satisfacción nunca podrá nadie quitársela y le servirá de grata compensación en las amargu-

ras y tribulaciones á que se halla sujeta la vida de los hombres. Tened esto muy presente, hijos míos, porque encierra una gran verdad y una verdad muy dulce, lo que no suele suceder con todas las verdades, y que os dará valor para la lucha que necesariamente habréis de sostener en vuestra existencia.

—Lo que está bien, está bien; —le dice su mamá; y esto que parece una frivolidad, forma la base del buen criterio con que juzga las acciones ajenas y las propias.

A consecuencia de su digna manera de pensar y de su exacta idea del honor, Antonio no falta nunca á la verdad, apoya siempre al débil contra el fuer-

te, no retrocede ante ningún obstáculo en cualquier empresa humanitaria, no siente vanidad sino en ser bueno, no permite en su presencia murmuraciones de nadie y trata de enaltecerse y enaltecer á sus padres y á sus semejantes, sustentando la dignidad en todos los terrenos: dignidad del niño que mañana es ciudadano y que podrá ser gloria de la patria y encanto de la familia, regulando sus aspiraciones y sosteniéndolas en los límites que marca el verdadero pundonor.

# EL COLEGIAL

—¿Qué querrá ser el niño? ¿Obispo, general ó diputado?

—Calla, Homobono; todavía no ha echado el primer diente la criatura, y ya estás pensando en la carrera que ha de dársele... sobre que teniendo bienes de fortuna, lo demás es lo de menos...

—Sin embargo, Rupertita, siempre es bueno irlo pensando; es preciso que nuestro he-

redero brille por todos conceptos; la vida es un soplo, el tiempo pasa volando y nuestro nene, Dios mediante, se hará muchacho y luego hombre antes de lo que quisiéramos.

El bueno de D. Homobono tiene razón; el niño crece y se desarrolla rápidamente y aun trata D.ª Ruperta de ocultarse á sí misma la aparición de sus primeras canas, cuando su hijo *la pasa de la nariz*, un si es no es arremangada.

Lo cual no quiere decir que los padres han de preocuparse en la *elección de carrera* para los niños con la exageración de D. Homobono; pero sí que deben *observar* con tiempo la *na-*

*tural disposición é inclinaciones* de aquellos, para fomentarlas ó corregirlas según requiera el caso y para tratar de asegurar su verdadera vocación en cuanto sus intereses lo permitan; teniendo presente que por muy numerosos que éstos sean, jamás lo serán bastante para prescindir de la educación y la carrera, que nunca se pierden y siempre valen de algo, lo cual no puede decirse de la riqueza material, expuesta á los azares y riesgos de la vida; aparte de que quien sólo ostenta como méritos los méritos del dinero, podrá ser adulado por cierta clase de personas, pero nunca estimado verdaderamente por la parte ilustrada y digna de la sociedad.

El niño, perteneciente á una familia modesta ó regularmente acomodada, terminada la

*instrucción primaria*, entra en el período de ampliación, variando su sistema de estudios

según la carrera ó especialidad á que haya de dedicarse.

En este concepto el tipo del *colegial* se subdivide en muchos tipos.

Generalmente los que se dedican á *carreras especiales* ingresan en *colegios* ó *academias de preparación*, bien sea en concepto de *internos* ó de *externos*.

En este último caso puede decirse que el *colegial* no constituye tipo.

Los que aspiran á las *facultades* de *Medicina*, *Derecho*, *Ciencias*, etc., se matriculan en las *Universidades* ó *Escuelas especiales*, después de terminados los estudios preparatorios hasta el grado de *bachiller*.

Una vez en la Universidad ó

Escuela especial, el tipo del *colegial* se pierde para adquirir propiamente la denominación de *estudiante*.

El *estudiante* de hoy ha degenerado completamente en su fisonomía peculiar y en su manera de ser.

Apenas queda memoria de los raídos manteos y de los simbólicos tricornios que solamente se exhiben en alguna mascarada en tiempo de carnaval.

El estudiante moderno es un ciudadano en agraz, con más pretensiones que sabiduría, capaz de arreglar todos los asuntos y cuestiones internacionales y de resolver los más arduos problemas de hacienda ó admi-

nistración, mientras se toma un vaso de café.

Tiene dotes para el periodismo; es literato, músico, pintor; aspira modestamente á diputado, embajador, ministro, cualquier cosa que se avenga con sus talentos y aptitudes.

Á pesar de eso, gran parte de estas celebridades futuras se queda sin porvenir al terminar su carrera, y tiene que dedicarse á la de empleados públicos, que es lo más socorrido, y para lo que no se necesitan otros talentos que la influencia y la audacia.

Tan deplorables resultados son debidos al falseamiento de la verdadera educación, única que, bien dirigida, puede con-

trarrestar los efectos de esa perniciosa semilla de ambición y escepticismo, pródigamente arrojada con el ejemplo desde las altas esferas y que produce frutos bien amargos en la impresionable juventud.

El *colegial* que sigue la carrera eclesiástica pasa á ser *seminarista;* entonces se adapta á los usos y costumbres peculiares y preparatorias para su futuro ministerio; el traje, los estudios, la manera de pensar y de sentir, todo cambia y se transforma en consonancia con sus aspiraciones é ideales.

Si la afición á la carrera de las armas motiva su ingreso como *cadete* en algún *Colegio militar*, varía el tipo enteramen-

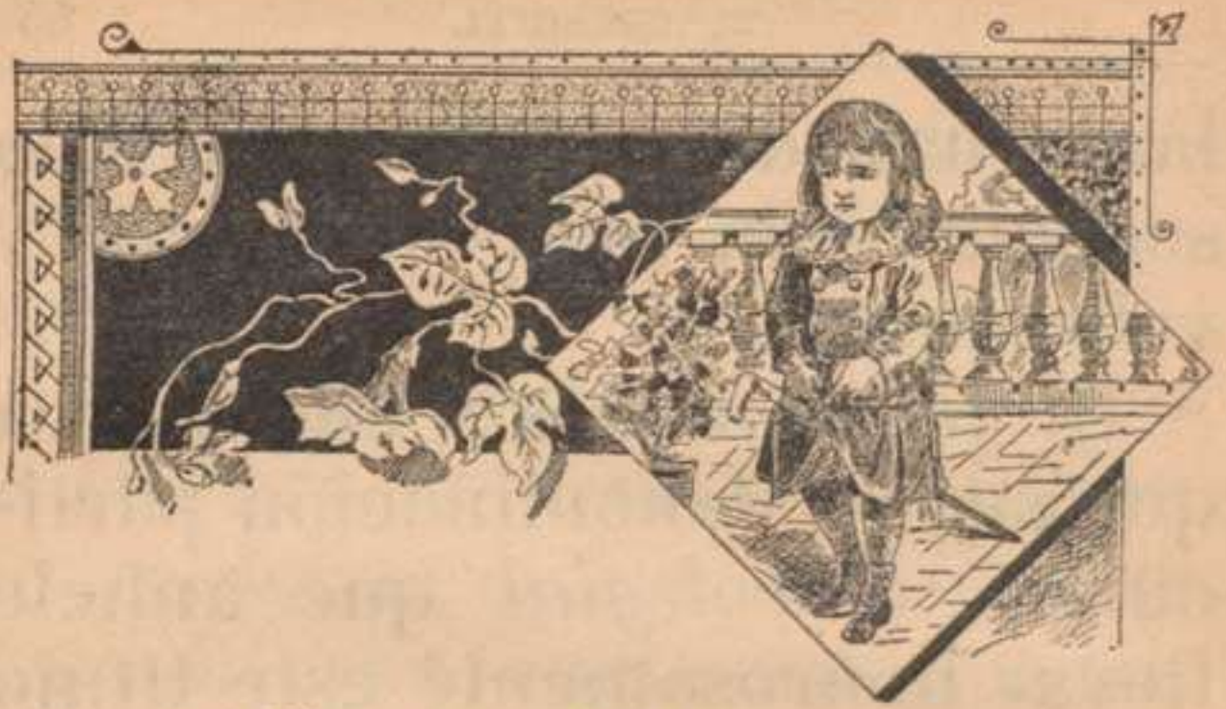
te: otras costumbres, otras leyes, otra forma, otro carácter.

No se formulan cálculos políticos ni se murmuran latines; no se toma el escalpelo ni se desentierran manuscritos: voces de mando, capeos, tiro al blanco, desafíos, matemáticas, táctica sublime y una estrella en lontananza que venga á posarse sobre la manga de una flamante levita.

Los colegios en general son mundos en miniatura, donde en pequeña escala se desarrollan intrigas, lances y novelas y se observan los contrastes de las distintas pasiones y de los diversos caracteres que más ade-

lante han de manifestarse á la sociedad con toda su fuerza y vehemencia.

De todos modos y cualquiera que sea su denominación particular, el *colegial* que anhele llevar honrosamente este título y dar contento á sus familias y tranquilidad á su espíritu, debe desentenderse de cuanto se aparte de la buena senda marcada por sus profesores, amando y respetando á éstos y cumpliendo siempre sus deberes como estudiante y como hombre; con lo cual se asegurará el aprecio de las personas sensatas y el logro, para el porvenir, de sus honrados propósitos y legítimas aspiraciones.



# EL NIÑO MIMADO

—¿Ha visto V. cosa semejante, señora? He terminado la visita de cumplido antes y con antes, no podía resistir más tiempo, y si seguimos otros dos minutos le suelto una fresca al tal niñito.

—Lo mismo le digo á V., doña Virtudes; en cuanto vi que usted se levantaba, me aproveché de la ocasión para dejar la

casa y comunicar á V. mis impresiones.

—No me volverán á ver tan fácilmente, y lo siento, porque aparte de la mala educación que dan al niño, ese matrimonio me gusta y frecuentaría su trato de bonísima gana. ¿No piensa V. como yo Doña Cristeta?

—Exactamente, señora; yo aprecio mucho á los señores de Pérez, tienen dotes muy recomendables, pero esa criatura es insufrible.

—¡Mire V. que arrimarse á una con las manos llenas de dulces para dejar los dedos señalados en el vestido!

—¡Y tirarse por el suelo sobre el almohadón dando pata-

das, que por poco me rompe la espinilla!

—No sé como he podido salvar el abanico, se empeñó en

cogerlo para recortar el paisaje; y al tonto de su padrazo se le caía la baba como si el nene hiciera una gracia nunca vista.

—Ya lo reparé; gracias que

la mamá pudo distraerle con las manzanas... esa es otra... por no contrariarle exponen á

la criatura á una indigestión dejándole comer cuanto se le antoja. ¿Y qué me dice V. de a-

quel modo de acariciar á su conejillo?

—A propósito. El primer día que estuve en esa casa, el tal Carlitos cogió el bastón de su papá y empezó á correr tras el conejillo dándole palos: el animal se ocultó debajo del sofá, el chiquillo se tiró al suelo para meter el palo, tropezó con un velador, y derribándolo hizo pedazos una preciosa licorera que me acababa de enseñar su madre.

—Puede que todavía le aplaudieran el lance.

—Mucho peor que eso: su papá le reprendió con la mayor dulzura; pero el nene, que no tolera reprensiones ni aún en broma, rompió á llorar y á gri-

tar como si le mataran y los padres le cogieron, le besaron, le dieron bizcochos, le prometieron no sé cuantos juguetes, y ahí tiene V. que por no verle llorar, la travesura y el destrozo quedaron no sólo aplaudidos, sino premiados y el rapaz tomando cada día más alas, como es natural, hasta el extremo de que considero imposible ya poderle corregir, porque á medida que el tiempo pasa, su voluntad adquiere más dominio sobre todos los que le rodean.

—Peor para él y para sus padres, que han de verle muy desgraciado.

El anterior diálogo entre dos señoras que salen de hacer una

visita en casa de los señores de Pérez, os habrá dado idea de la índole de Carlitos, su querido hijo Mimado por sus padres con extremada exageración, el carácter del niño se hace díscolo y voluntarioso, originando en cuantos le conocen una profunda y justificada antipatía y haciendo que los amigos huyan de la casa, por no sufrir las molestias que el niño les proporciona.

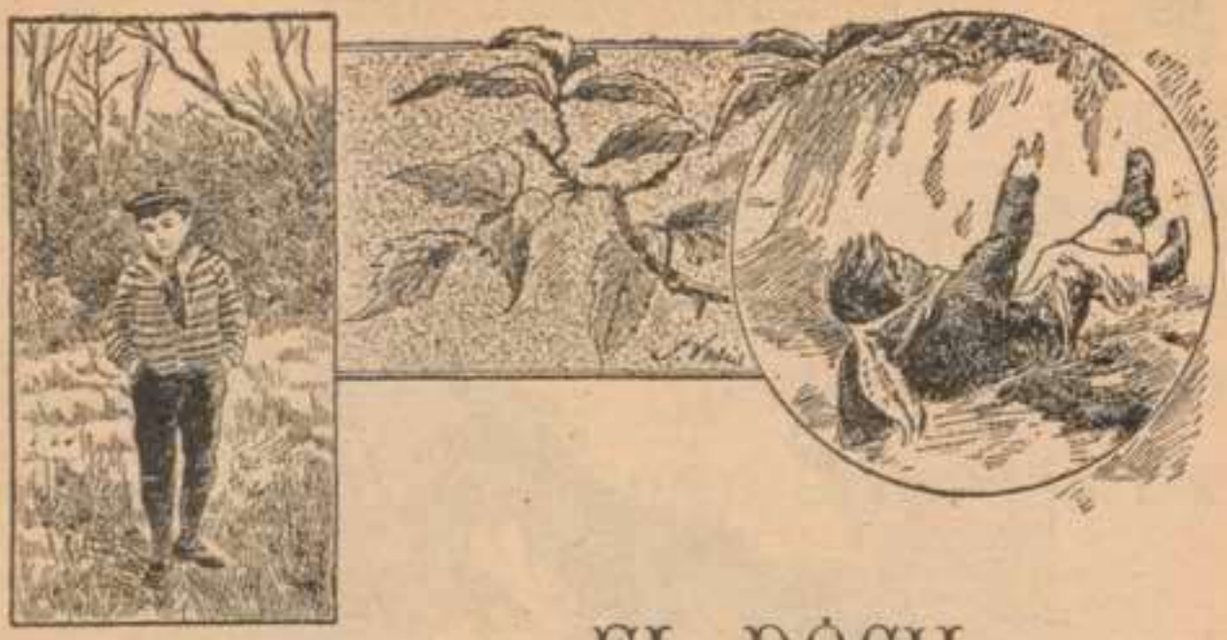
Por la misma razón en muchas partes tienen orden los criados de negarse á recibir á los papás cuando vayan acompañados de Carlitos, lo que sucede casi siempre; pues el nene quiere hacer de las suyas en todas partes, sin respetar per-

sonas ni objetos, ni en su casa ni en la ajena.

Sin duda habréis conocido algún niño de esta especie y habréis censurado, con razón, una educación tan mala; pero no es eso lo peor, sino que como pensaban muy bien las señoras referidas, una criatura de esa especie siempre llega á ser muy desgraciada, porque en la vida hay que pasar pruebas muy duras y quien está acostumbrado al mimo y á la contemplación sufre doblemente con las contrariedades de un mundo que no ha de continuar asintiendo y supeditándose dócilmente á todos sus caprichos.

Muy bueno, muy justo y muy

laudable es condescender á los deseos de los niños, cuando estos deseos son razonables y no traen perjuícios para los demás ni para ellos mismos; pero el mimo exagerado y la condescendencia absoluta, si les evitan pequeñas contrariedades, les preparan en cambio una serie no interrumpida de sinsabores para lo futuro.



# EL DÓCIL

**Todos sabemos perfectamente quien es.**

**¿Cómo no conocerle?**

**Es Luisito.**

**Encantan la dulzura y suavidad de su rostro, de facciones redondeadas, mirada modesta y cariñosa y boca embellecida por la más afable sonrisa.**

**Nadie le puede confundir con su vecino Julián, el díscolo, el desobediente.**

**Jamás hace sino á la fuerza**

lo que le mandan sus padres ó maestros.

Por llevar la contraria y salirse con la suya es capaz de cualquier cosa.

Luís, por el contrario, cono-

ce la razón al momento, y aun cuando no la conozca, comprende que deben tenerla los que saben más que él y tienen más edad, conocimientos ó experiencia.

Así es que nunca vacila en seguir las indicaciones que se le hacen.

Un día fueron los dos niños juntos á paseo.

Se alejaron mucho del pueblo, fueron muy lejos... muy lejos.

Llegaron á un sitio para ellos desconocido y trataron de volverse á su casa.

Dos caminos se ofrecían á su vista.

El uno ancho y hermoso; el otro estrecho, desigual y lleno de maleza.

En la duda estaban de cual habían de seguir, cuando vieron acercarse un anciano pastor, hombre de aspecto bondadoso y de fisonomía franca y sencilla.

Manifestáronle su deseo de regresar al pueblo cuanto antes y le rogaron les indicara la verdadera ruta.

—Por los dos caminos se llega al pueblo — repuso el viejo — pero yo os aconsejo, buenos niños, que sigáis ese camino que desde aquí parece malo; esto no es más que al principio, pues luego está fácil y directo; en cambio, el que parece más llano tiene hacia su mitad un paso peligroso, en el que fácilmente podría veniros algún contratiempo.

Los niños dieron las gracias al pastor, que se alejó, después de saludarlos.

Apenas le perdieron de vista, Julián se dirigió al camino que aparentaba ser el mejor.

—¿Por dónde vas? — le dijo Luís — ¿no has oído que debemos marchar por el otro lado?

—Sí que lo he oído, por lo mismo me voy hacia el opuesto. Bueno fuera que hiciéramos caso de un tosco campesino.

—Será lo que tú quieras, pero el hombre conoce estos lugares y nosotros no; además, tenía muy buena apariencia el viejecito.

— ¡Apariencia! fíate de las apariencias; lo que es yo no he

de hacer nunca sino lo que mejor me parezca.

—Pues yo haré siempre lo que me digan los que sepan más que yo.

—Con tu pan te lo comas.

—Y tú con el tuyo, contestó Luisito. ¿Te empeñas, pues, en seguir por ahí?

—Ya lo creo, no voy por otro lado aunque me maten.

—Pues irás tú solo.

—No me haces ninguna falta.

Luisito insistió todavía tratando de convencer á su compañero, mas todo fué en vano y al fin hubo de dejarle con su obstinación.

¿Sabéis lo que sucedió?

Luís anduvo al principio con algún trabajo, esquivando los

abrojos; después el camino se fué aclarando y llegó á ser muy fácil, y en poco tiempo llegó á su casa sin la menor novedad.

Al momento manifestó á sus padres lo ocurrido y el temor que abrigaba de que á su amiguito le hubiera sucedido algún percance.

Los padres de Luís se lo dijeron á los de Julián y todos salieron en su busca guiados por el niño dócil.

Trabajo y no poco les costó hallar al indómito.

¡Y cómo le hallaron!

Después de algunos centenares de pasos dados por buen camino, Julián se había encontrado con una senda peligrosa al borde de un declive, y en

lugar de volverse arrepentido, se obstinó en seguir adelante.

No tardó en pagar cara su temeridad.

Arriesgado en la senda, se le fué un pie, perdió el equilibrio y rodando por el terraplén fué á caer al fondo del barranco.

Por fortuna no era grande la elevación, y además el suelo estaba pantanoso á causa de recientes lluvias; así es que no recibió un golpe considerable, pero sí se metió en el fango, costándole ímprobos esfuerzos el incorporarse y probar á salir de allí.

En esta tarea, todo lleno de agua y barro, le encontraron los que le buscaban y tuvieron que llevarle á casa en un ca-

rro, medio muerto de frío y de miedo.

La mojadura y el susto le ocasionaron una larga enfermedad, de la que escapó milagrosamente á fuerza de cuidados.

¿Creéis que esto le sirvió de escarmiento?

Nada de eso; sigue cada día más incorregible y tendrá un mal fin por su indocilidad.

Luisito por su parte, convencido de las ventajas que reporta el dócil continúa siéndolo, y no le pesa, pues como se deja guiar por los consejos y advertencias de las personas que le quieren y saben más que él, todo sale á pedir de boca.

Claro es que no se debe manifestar una obediencia ciega á

todo el mundo; pero sí á quienes por su ilustración, edad y afecto nos indican nuestro bien, aun cuando no siempre este bien á primera vista se manifieste.

Tal es el modo de pensar de Luisito, y á fe que os aconsejo sea también el vuestro, pues la docilidad en los niños facilita la buena educación, base de la dicha.

# EL FOSFORERO

Miradle, con su gran caja cilíndrica, con su expresión truhanesca, atravesando plazas y paseos, incitando á los niños con la golosina que expende á precio fijo ó á la suerte.

Vino á la ciudad, desde el campo, para ganarse la vida con su industria.

Pagó la novatada, impuesta por los demás del oficio, pero al fin sentó sus reales, después

de triunfar en varias escaramuzas.

Su vida es miserable, pero se habitúa á ella, tiene libertad é independencia relativas y esto no lo cambiaría por ningún tesoro.

Suele ser inconstante en los oficios, por ese mismo espíritu de independencia que le hace buscar distintos medios de acercarse á su ideal.

Por eso trueca su caja de barquillos por el cajoncito que, suspendido del cuello por una correa, le sirve de escaparate donde expone las cajas de cerillas.

Con esta mercancía se introduce en todas partes.

Los fósforos le hacen luz en cualquier sitio.

**Se le ve en los paseos, en los cafés, en los teatros, en los circos.**

**Esta fácil exhibición le proporciona ventajas que sabe aprovechar.**

Asiste á los espectáculos públicos por entregas, y en ocasiones por tomos completos, si se capta las simpatías de algún agente ó acomodador.

Encuentra todo lo que se pierde y lo que no se pierde también.

Sin abandonar su *estuche* se halla siempre oportuno para avisar á un cochero, para bajar un estribo, para recoger un paraguas y para mil pequeñas oficiosidades, que suelen dejarle algunas propinas en cambio de su diligencia.

*El fosforero* que en muchos casos ha sido barquillero de origen, no pierde sus instintos de transformación.

Por eso á lo mejor abandona

las cerillas por los *buñuelos* que vende á grito pelado por las calles.

Por regla general el *fosforero* es una de las derivaciones del tipo general del *pilluelo*, que

se subdivide en infinitas clases y categorías.

En tal concepto suele ser sucesivamente vendedor de periódicos y de almanaques, zagal, horchatero, avisador, barrendero, limpiabotas, repartidor, arenero, vividor, ratero, merodeador, hortera de bajo vuelo.... Ejerce, pues, un sinnúmero de oficios, industrias y malas ó buenas artes, pero en las que siempre predomina la irresistible tendencia á una vida aventurera, nómada é independiente.

# EL INCONSTANTE

Fermín se aparta á un lado, deja la paleta y los pinceles y contempla el cuadro.

—No va mal — exclama —no va mal, pero esto es una cosa muy pesada. Está visto que yo no he nacido para ser pintor. No tengo paciencia para dar tanto brochazo.

¿Y para qué tiene paciencia ese niño? digo yo á mi vez.

Absolutamente para nada.

Emprendió con el mayor entusiasmo sus estudios de latín, con objeto

de seguir la carrera del sacerdocio.
Sí, sí, bonita carrera te dé Dios.

Antes de llegar á las conjugaciones ya estaba aburrido el nene.

—Pues señor, este cura no sirve para cura, —decía, —vale más lu-

cirse y ganar mucho dinero pronunciando discursos en el foro, y algún día, tal vez, en los parlamentos y academias.

Dicho y hecho.

Se matricula en la Universidad y tal afición toma á no asistir á las clases, que pierde el primer año.

—Mal principio, —murmura, —mal principio, no ganaré nunca ningún pleito.

Y renuncia á la toga como había renunciado á la sotana.

—¡Al cabo caí en la cuenta! —dice un día muy alborozado—yo debo cursar la medicina; tengo aptitud y condiciones especiales para ello.

Entra en la facultad; empuña el bisturí y el escalpelo y pronto se le presenta la práctica de la anatomía como odiosa é insufrible.

—Se necesita mucho estómago,—responde á los que le increpan por

su falta de constancia —yo tengo la naturaleza demasiado delicada para aspirar á la ciencia de Galeno.

En otra ocasión leyendo un artículo biográfico de Miguel Angel siente excitada su imaginación con una nueva idea.

—¡Oh! ¡las Bellas Artes!—piensa—esto sí que es grandioso y de buen gusto.... gloria.... riquezas.... honores.... ¿cómo no se me había ocurrido antes?

Su exaltación dura lo que el fuego fatuo.

Arquitectura, escultura.... todo lo empieza y nada acaba.

Ya le hemos visto renegar también de la pintura.

Al fin parece inclinarse decididamente á la mecánica.

Los que le conocen empiezan á concebir esperanzas al ver su ardiente anhelo.

¡Qué si quieres!

Ni esto, ni lo otro, ni lo de más allá.

Le cansan las ruedas y las máquinas como le cansa todo.

Y es una lástima, verdaderamente, porque tiene una disposición admirable y si correspondiera á ella la constancia, con cualquiera de las carreras ó profesiones emprendidas hubiera llegado á obtener un excelente porvenir, dando días de satisfacción á su familia y amigos y prestando á la sociedad buenos y honrosos servicios.

Sus padres se desesperan en vano al observar el carácter y condiciones de su hijo.

Ensayan los ruegos y las reflexiones, como los castigos, pero inútilmente.

Fermín promete la enmienda, y al prometerlo cree firmemente en la bondad de su propósito, porque aparte de la grave falta que os indico

y censuro, el muchacho es de buena índole y, como ya os he dicho, con dotes de inteligencia y de disposición para cualquier tarea.

Resultado de todo, que después de hacer gastar un capital á sus padres con sus múltiples y diversas tentativas, llega á ser un hombre hecho y derecho sin carrera ni cosa que lo valga.

Los autores de sus días llegan á faltarle, así como los recursos, y Fermín, incapaz de trabajar ocho días seguidos en una misma cosa se hace vagabundo, después vicioso y petardista y concluye su vida en la mayor miseria y despreciado de todos.

¿No es verdad que causa pena ver perderse de esa manera una existencia que podría haber sido útil y provechosa al individuo y á sus semejantes?

Es cosa de pensarlo bien, ¡caramba! y aun que cueste algún trabajo es preciso tener constancia y voluntad en aquello que se emprenda; es muy preciso, porque para el inconstante no puede haber lucimiento en nada, ni bienestar, ni honra, ni provecho.

# EL LABORIOSO

Si he de deciros la verdad, el pequeño Ramón no tiene una inteligencia muy privilegiada, ni su aptitud se halla desarrollada de una manera notable.

Eso es lo cierto, y lo cierto hay que proclamarlo siempre, por más que sean sensibles, para muchos, las verdades.

Pero en cambio de esta falta de disposición extraordinaria, el niño tiene una ventaja por todo extremo apreciable, y que compensa en alto grado sus escasas facultades.

Es laborioso hasta no más; profesa un ciego amor al trabajo al que rinde culto solemne en esa hermosa religión de la dignidad y la honradez.

Ramón es pobre; sus padres artesanos, apenas ganan lo necesario para poder subvenir á las primeras necesidades de la vida y por esta causa, á pesar de sus buenos deseos, la educación del hijo no puede ser brillante, ni crearle un porvenir de importancia por medio de alguna industria y carrera.

Por lo tanto se hace preciso dedicarle á un oficio, y consultadas las inclinaciones del muchacho, éste se decide por el aprendizaje de platero.

¡Ah! ¡pobre Ramón! el principal tiene muy mal carácter y sufre sus impertinencias y arbitrariedades, porque en este mundo, por desgracia, todo el que tiene á otro bajo su inmediata dependencia, ó que le da de

comer en pago de sus servicios, se considera con derecho á tratarle con imperio y con desdén.

Y después de tanto hablar y tanto hacer en pro de la emancipación de la gente de color, vemos hoy en las naciones más cultas, como una mancha del siglo, la esclavitud del hombre blanco.

Hay que esperar á que la ilustración haga verdadera luz en nuestras sociedades y que desaparezcan muchos abusos y privilegios tan odiosos como refractarios al espíritu de la época.

Ramoncito no filosofaba de este modo, porque tales razonamientos no se hallaban á sus alcances y lo que hacía era sufrir con paciencia y esmerarse en el trabajo para contentar al amo.

Pues ahora veréis lo que puede una buena voluntad.

Ramón no desatendió ni una tan

siquiera de las lecciones y enseñanzas que recibía en el taller y empleaba los ratos desocupados en perfeccionar los conocimientos que adquirió en la escuela, escribiendo, leyendo ó estudiando.

A despecho de la aspereza del hombre y á pesar de la poca disposición del dependiente, la constancia de éste y su incansable laborio-

sidad lograron triunfar del todo y al cabo de algunos años, el maestro, después de haberle enseñado cuanto sabía, le nombró su primer oficial y llegó al extremo de no poder pasarse ya sin él.

Más adelante le dió participación en sus negocios y cuando los padres del muchacho fallecieron tuvieron el consuelo de dejarle modestamente establecido é inteligente en la profesión á que se había dedicado.

Todo esto era debido á su constancia y laboriosidad, cualidades que suplen la falta de otras condiciones naturales.

Porque el laborioso no desmaya, y lo que hoy no consigue lo conseguirá mañana ú otro día.

Esto le sucedió á Ramón, que á fuerza de perseverancia y de trabajo llegó á ser un hábil artesano y crearse una posición independiente.

Y eso que en la sociedad en que vivimos no basta el mérito propio para llegar á ser algo, si no se tiene también dinero ó influencia; mas á pesar de esta verdad tan amarga, lo positivo es que el trabajo y laboriosidad obtienen recompensa, sino la merecida en muchos casos, la suficiente para satisfacer modestas aspiraciones.

Esto aparte de que ya tenéis muy bien sabido que la ociosidad ocasiona todo género de males y el trabajo sostiene la salud del cuerpo y del espíritu.

# EL LACAYO

Llegó á la capital recomendado al tío Lila, paisano suyo, que tenía un puesto de melones y sandías en otoño, vendía horchata en verano y esteras en el invierno.

El tío Lila trató de amoldar al nene á sus ocupaciones y costumbres.

¡Vana empresa!

Perico pesó frutas, voceó la horchata por las calles y plazuelas y cosió algunos kilómetros de estera.

Pero siempre sin amor al servicio, sin natural inclinación.

Tenía más altas miras.

Soñaba con ocupar un puesto algo elevado.

Un puesto en la trasera de un carruaje.

Por fin venció la timidez para sostener una batalla con el tío Lila y le manifestó sus aristocráticas aspiraciones.

El frutero se incomodó, le expuso sus argumentos en contra, y creciendo la polémica concluyó por tirarle un cuarto de melón á las narices.

Perico se limpió la cara y arrojó á un lado el melón y la vergüenza.

Después se separó de su paisano.

Anduvo errante unas semanas, haciendo la vida del pilluelo.

Viósele vender periódicos primero, limpiar botas después y por fin hacer cabriolas sobre unas sillas asociado á una compañía de saltimbanquis callejeros.

Nada de eso satisfizo sus aspiraciones.

Al cabo logró hallar acomodo en una cochera para ayudar á la limpieza de los coches, que eran de alquiler.

Allí se puso en autos para todo.

Demostró notable disposición para la cosa y el dueño del establecimiento, á quien el muchacho había caído en gracia, lo recomendó al administrador de un personaje, título y banquero.

Ya tenía la base de su suerte.

Nombrado lacayo, comenzó su oficio con aprovechamiento muy notable.

Había nacido para ello.

Tenía la suficiente estupidez, el necesario carácter de adulación y servilismo y el imprescindible descaro para ser un modelo de lacayos.

Desprecio hacia la gente de á pie y ciega sumisión á todo el que iba por el ajeno arrastrado: nada le faltaba para constituir la perfección del tipo.

Perico no necesita más educación.

Se entiende con los pobres como

con los caballos y con los ricos como si fuera esclavo suyo.

¡Triste tipo!

Estos niños imbéciles tratan de apropiarse las despóticas maneras y el lenguaje de sus amos, sin adquirir nada de su cultura y sentimientos.

Perico se halla en condiciones para progresar en la carrera.

Cuando tenga edad para ello será cochero, conducirá un hermoso tren á los paseos y palacios.

La librea que viste le deslumbra.

Ya no conocerá al tío Lila, su primer amigo y protector, como no sea para derribarle y aplastarle bajo las ruedas del carruaje.

Este tipo constituye la mayoría de la especie, aun cuando no es regla general.

Puede haber lacayos bien educados y de buenas formas sociales, co-

mo puede haber porteras circunspectas y caseros razonables.

Se dan algunos casos.

Pero muy pocos.

Hay quien dice que el hábito no hace el monje.

Pues la librea hace al lacayo.

Según la que vista, así será su manera de ser y de sentir.

Porque las condiciones del hombre se reflejan siempre en los que de él dependen.

Sobre todo si estos dependientes son de baja esfera.

Como la de los lacayos, á pesar de que se exhiben al público con alguna elevación.

# EL HOLGAZÁN

Ocupa un digno lugar figurando el último de esta galería.

Esto, queridos niños, no puede extrañaros nada.

El holgazán ocupa y ocupará siempre el último lugar en todas partes.

Parece mentira, que conociendo esto, como lo conocen todos, haya todavía niños holgazanes.

Si bien que, según mis noticias, ya van quedando pocos; pues como cada día son objeto de mayor desprecio y de mayores burlas y como

cada vez van poniéndose más feos, moralmente se entiende, resulta que los niños juiciosos que aspiran á tener en el mundo consideración y respeto, se esfuerzan por estudiar y ser aplicados, dando con tal conducta satisfacción no escasa á sus padres,

á sus buenos profesores y á la sociedad en general.

Ya sé yo que en el mundo hay bastantes haraganes que viven, al parecer, llenos de consideración y de homenajes.

No os fiéis nunca de las apariencias.

¿Creéis que esa consideración y esos homenajes pueden ser sinceros, tratándose de individuos que no se los merecen?

Seguramente no lo son.

El holgazán, el vago, el ocioso, puede ser adulado por malos amigos ó por gentes interesadas que rindan hipócrito y mezquino culto á su posición ó su fortuna; pero que esta posición desaparezca, que la fortuna sufra un revés, ya veréis lo que le queda al holgazán.

Menosprecio, crítica y escarnio.

Y con mucha razón.

El que cierra los libros por dedi-

carse al juego, el que se obstina en vivir en la ignorancia, haciendo su existencia estéril é infecunda para sí mismo y para los demás, merece cuantos calificativos malos se le apliquen.

Hasta los animales pueden considerársele superiores, pues en el gran concierto de la civilización y de la armonía universal, todos y cada uno de los seres creados cooperan á la grande obra, poniendo en acción las facultades que han recibido de Dios.

Por eso repito que hasta en los animales puede ver el gandul ejemplos vivos de laboriosidad que hacen resaltar lo feo de su conducta.

El buey, el asno, la mula, conduciendo cargas pesadas y labrando la tierra, ayudan al hombre en las más rudas tareas; el caballo le conduce á todas partes y le salva muchas veces de peligros inminentes; el gusano de seda le fabrica ese rico pro-

ducto que expende luego en preciosas mercancías; las abejas le brindan con el dulce fruto de su trabajo; los camellos y los elefantes le hacen transitar por países que sin su concurso no le sería dable atravesar, y otros mil y mil que sería prolijo detallaros, son pruebas palpables de lo que dejo dicho y que contrastan, para mengua de ellos, con la ineptitud de los que tienen á gala la ociosidad y la vagancia.

La holgazanería no sólo atrae, sobre los que á ella se entregan, la antipatía y el desprecio, sino que es causa y origen de mayores males.

En efecto, por más que tales sean las tendencias de los que rehuyen toda ocupación útil, el espíritu del hombre no puede estar ocioso.

De ahí resulta que cuando no se ocupe en obra buena, necesaria y fatalmente tiene que ocuparse en obra mala.

El niño holgazán arrojará los libros, pero forzosamente buscará otro aliciente á su imaginación; se

dedicará al juego, á las travesuras, al principio propias de su edad, pero que degenerarán insensiblemente en otras de peor carácter y llegarán

á ser vicios, faltas graves y quizá delitos, á los que se llega fácilmente cuando se rechaza toda ilustración moral é intelectual y cuando la inexperiencia de los primeros años se ve arrastrada á un camino peligroso, aunque en apariencia fácil, por el pernicioso ejemplo de las malas compañías.

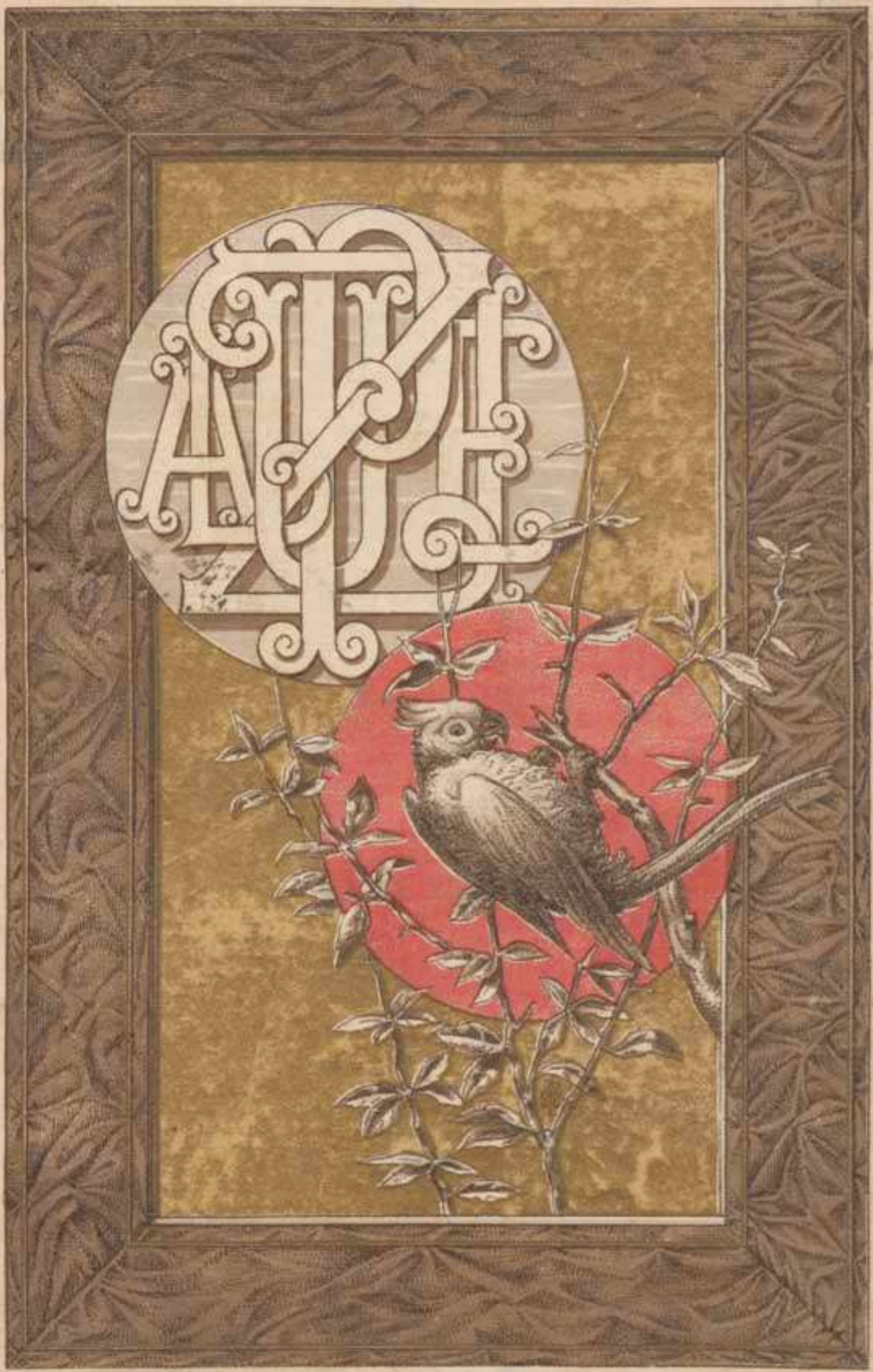
Todo cuanto yo os dijera acerca de las tristes consecuencias de la falta de aplicación, por vivos que fueran los colores con que tratara de pintarlo, resultaría pálido y sin efecto al lado de la realidad.

El niño que no aprovecha el tiempo para el estudio, el niño que despreciando los cariñosos y prudentes consejos de los padres y maestros no trate de enriquecer su inteligencia con la semilla del saber, deplorará más adelante su incuria y abandono, deplorará no recoger el fruto que esa semilla hubiera producido; pero

será ya tarde y mientras sus compañeros aplicados se presenten en sociedad con legítimo orgullo propio y de sus conciudadanos, el holgazán, lleno de pesar y de vergüenza ó vicioso y degradado, vegetará en la sombra atormentado por su conciencia y la conciencia pública.

¡Qué tan notable contraste sea un oportuno y elocuente aviso pera vosotros, niños míos! ¡Qué la perspectiva que como ineludible os señalo os haga afirmar en vuestros buenos propósitos, y que inspirándoos siempre en las nobles máximas de la virtud y del bien, sea constantemente vuestro lema: ¡GLORIA Á LA APLICACIÓN! ¡HONRA AL TRABAJO!

# ÍNDICE DE LA PRIMERA PARTE


| | Págs. |
|---|---|
| Dedicatoria. . . . . | 5 |
| Introducción. . . . . | 7 |
| El aplicado. . . . . | 9 |
| El aprendiz. . . . . | 24 |
| El pendenciero. . . . . | 32 |
| El pundonoroso. . . . . | 41 |
| El colegial. . . . . | 46 |
| El niño mimado. . . . . | 56 |
| El dócil. . . . . | 65 |
| El fosforero. . . . . | 75 |
| El inconstante. . . . . | 81 |
| El laborioso. . . . . | 88 |
| El lacayo. . . . . | 94 |
| El holgazán. . . . . | 100 |